

Gilles Gressani

Europa contra los Tiranos: un plan.

Europa frente a Trump: ¿qué hay que hacer?

El Grand Continent, 19 de agosto de 2025.



OLIVIER SCHMITT — Hace casi un año, había previsto que llegaríamos a [esta situación](#). A partir de un análisis sin concesiones del momento — inspirado en su lectura de Raymond Aron—, Olivier Schmitt no se contenta con proponer un marco explicativo, sino que formula una estrategia concreta para evitar lo peor.

Desde hace unos días y en particular desde [la reunión en la Casa Blanca ayer](#), parece que se está llegando a un concepto —«la OTAN sin la OTAN»— que podría haber aparecido en una [questio](#) de la [Suma teológica](#). ¿Cómo entiende el significado de esta expresión?

La expresión «la OTAN sin la OTAN» parece ser un intento de conciliar las limitaciones políticas internas y externas, por un lado, y la voluntad de mostrar un compromiso creíble, por otro.

En cuanto a las limitaciones externas, el reto es, evidentemente, Rusia, para quien la adhesión de Ucrania a la OTAN supone una línea roja infranqueable.

¿Y desde el punto de vista de las limitaciones internas?

La adhesión de Ucrania a la OTAN requeriría la unanimidad de los Estados miembros. Pero sabemos que Estados Unidos y Hungría se oponen a ello.

Ante estas limitaciones políticas, la expresión puede entenderse como un medio de dotar a Ucrania de una cláusula de defensa mutua similar al artículo 5 de la OTAN, sin por ello adherirse a la alianza.

¿Cuáles serían los efectos concretos de esta solución desde el punto de vista militar?

La OTAN es a la vez un compromiso político de defensa colectiva de los Estados miembros y una organización de integración militar que coordina los ejércitos nacionales a través de planes de defensa, doctrinas y normas técnicas comunes, con el fin de multiplicar la eficacia colectiva.

Desde este punto de vista, «la OTAN sin la OTAN» significaría que Ucrania no se beneficiaría de las ventajas militares de la integración.

En cualquier caso, si tomamos la expresión al pie de la letra, se trata lógicamente de una cláusula de defensa mutua. En términos muy concretos, significaría que los Estados que proporcionan esta «garantía de seguridad» aceptarían el riesgo de un conflicto militar con Rusia por Ucrania.

Es la lógica paradójica de la disuasión, que consiste fundamentalmente en manipular el riesgo, como escribía Thomas Schelling: para que una opción resulte poco atractiva para un objetivo —y así disuadirlo de elegirla—, hay que aceptar correr riesgos, lo que demuestra la determinación y el coste que se está dispuesto a tolerar para ver realizadas sus propias preferencias.

Ahora debe quedar claro que Rusia constituye sin duda alguna la principal amenaza para la seguridad europea en un futuro próximo, tanto desde el punto de vista de sus intenciones como de sus capacidades.

¿Cree que esta solución, cuya autoría reivindica la presidenta del Consejo italiano, se aplicará realmente?

Personalmente, lo dudo. En realidad, creo que Italia y muchos otros Estados no estarían dispuestos a correr el riesgo de un conflicto militar con Rusia sin un apoyo explícito de Estados Unidos. No obstante, puede tratarse de un primer paso en la discusión.

Dada la historia y la estrategia de Putin, ¿existe un riesgo real de firmar un tratado de garantías de seguridad sin garantías?

Rusia tiene un largo historial de incumplimiento de sus compromisos en materia de seguridad en Europa, tema que traté en un artículo en 2018 [1](#). Entonces escribía que «el debilitamiento de los regímenes de control de las armas convencionales está relacionado principalmente con fallos en su aplicación en nombre de un ‘enfoque flexible’ destinado a complacer a Rusia».

Ahora debe quedar claro que Rusia constituye sin duda la principal amenaza para la seguridad europea en un futuro próximo, tanto desde el punto de vista de sus intenciones como de sus capacidades.

La historia de las prácticas diplomáticas rusas sugiere una larga costumbre de esconderse tras un fuerte formalismo jurídico que se está dispuesto a pisotear a la primera oportunidad favorable [2](#).

Un componente esencial de cualquier maniobra de disuasión es la credibilidad [3](#). Sin ella, el adversario no tiene motivos para desistir de sus intenciones y corre el riesgo de percibir la falta de compromiso y de medios como una falta de voluntad y determinación.

Esta es a menudo la receta para provocar una agresión.

¿Está Putin utilizando a Donald Trump para lograr un éxito estratégico que no ha conseguido sobre el terreno?

No sé si Vladimir Putin está utilizando a Donald Trump, pero el presidente ruso, que es un jefe de Estado experimentado y astuto, sin duda busca sacar el máximo partido de su relación con su homólogo estadounidense.

Una obsesión soviética, y luego rusa, siempre ha sido la de ser considerados un equivalente funcional de Estados Unidos: tratar de igual a igual los grandes problemas de seguridad, sin terceros incómodos que puedan poner en tela de juicio la autopercepción de los dirigentes rusos como gran potencia.

Putin obtuvo esta satisfacción en [Anchorage](#).

La historia de las prácticas diplomáticas rusas sugiere una larga costumbre de esconderse tras un fuerte formalismo jurídico que se está dispuesto a pisotear a la primera oportunidad favorable.

¿Por qué parece Trump dispuesto a concederle este reconocimiento? ¿Cómo interpreta esta relación que el presidente estadounidense [califica](#) de «fantástica»?

No quiero entrar en consideraciones psicológicas sobre Donald Trump, ni especular sobre los posibles [Kompromats](#) que podría disponer Rusia.

Basta con observar la congruencia ideológica entre la Rusia de Putin y el movimiento MAGA [4](#). Comparten la voluntad de transformar el funcionamiento del sistema internacional, el mecanismo regulador que son las instituciones internacionales y el papel de Estados Unidos en él.

El régimen ruso soñaría con una retirada completa de Estados Unidos de los asuntos mundiales, pero se conforma con el debilitamiento sistemático de todas las fuentes de poder estadounidense —red de alianzas, acuerdos de libre comercio, universidades, atractivo— que está llevando a cabo la actual Administración.

¿Cuáles son los objetivos estratégicos de Putin en Ucrania, pero también en Europa en general, incluyendo Francia y Europa Occidental?

Rusia desea una redefinición completa de la arquitectura de seguridad y cooperación en Europa, por lo que busca subvertir tanto las normas como las instituciones.

Como es demasiado débil para constituir un polo ideológico y económico atractivo, busca destruir las instituciones existentes que percibe como una amenaza para su propia legitimidad.

Desde el inicio de la guerra a gran escala en 2022, el régimen se [ha radicalizado](#) y ha oficializado una ideología que interpreta la historia rusa

como [un largo conflicto](#) contra los países occidentales y considera que un Estado fuerte y autoritario es el único medio para ganar esta competición.

Mientras Vladimir Putin siga en el poder, no cabe esperar ninguna «normalización» por parte de Moscú, y actualmente no hay motivos para pensar que su sucesor no vaya a retomar esta ideología.

Tras Ucrania, ¿podría Rusia plantearse continuar su expansión territorial en el continente?

El riesgo no es ver tanques T-72 en Brest o en los Campos Elíseos.

Rusia no necesita invadir toda Europa para alcanzar sus objetivos estratégicos.

El verdadero objetivo es tomar una garantía territorial en un país miembro de la OTAN para poner a prueba la solidaridad de la Alianza y la credibilidad del artículo V. La tentación podría ser fuerte para Moscú de intentar demostrar una posible falta de fiabilidad de la alianza y provocar así su colapso político.

El colapso de la OTAN y de la Unión es el objetivo de Rusia, que así podría «dividir para reinar» entre Estados europeos desunidos y, por lo tanto, debilitados.

¿Cuáles podrían ser las consecuencias políticas?

Una posible consecuencia sería una especie de implosión de la Unión Europea.

No hay motivos para pensar que los países que no han sido protegidos por sus aliados seguirían aceptando crear una «unión cada vez más estrecha» con esos mismos Estados.

¿Es ese el objetivo estratégico de la Rusia de Putin?

Sí. El colapso de la OTAN y de la Unión es el objetivo de Rusia, que así podría «dividir para reinar» entre unos Estados europeos desunidos y, por lo tanto, debilitados.

Si seguimos su razonamiento, se deriva una consecuencia: al asumir una convergencia con el Kremlin, la Casa Blanca parece, como mínimo, no estar molesta por este resultado. ¿Cree que hay una falta de consideración de la dimensión ideológica de Trump y de la nueva administración estadounidense por parte de los líderes europeos? ¿Por qué?

Sí, a menudo. Como buen lector de Aron, confieso ser bastante sensible a la cuestión de la divergencia de normas y valores que constituyen la arquitectura del sistema internacional y que el autor calificaba de «sistema heterogéneo».

Pero a mucha gente le cuesta reconocer la importancia de las ideologías en la acción política, después de haber pasado la mayor parte de su vida adulta en un

entorno intelectual tecnocrático que se considera «racional» —y, por definición, el mejor—.

De hecho, parte de la clase dirigente europea considera a Washington como un socio transaccional —que hay que «gestionar»— más que como el vector de un proyecto ideológico revisionista que asume la erosión del orden liberal, la jerarquización de los aliados y la primacía de la soberanía económica.

El coste estratégico es real: se integra la lógica del chantaje y se respalda la idea estadounidense de que los aliados representan un coste estratégico, lo que les obligaría a dar garantías de su buena voluntad.

Una parte de la burbuja europea parece seguir convencida de que es posible hacer entrar en razón a Trump o, en cualquier caso, que hay que seguirle el juego: ser los últimos en hablar con él, vestirse de cierta manera, hacer concesiones en puntos esenciales con la esperanza de que las olvide o pase a otra cosa. ¿Cómo entiende usted esta apuesta?

Es una apuesta por la contención personal: apostar por el acceso, las atenciones, algunas concesiones «circunscritas» para evitar decisiones abruptas —sobre los aranceles, la OTAN, Ucrania—.

En el plano político, se deriva de una dependencia en materia de seguridad, finanzas y tecnología, y de la percepción de que ceder un poco hoy evita lo peor mañana.

Sin embargo, el coste estratégico es muy real: se integra la lógica del chantaje y se respalda la idea estadounidense de que los aliados representan un coste estratégico, lo que les obliga a dar garantías de su buena voluntad.

¿Qué haría falta, en su opinión, para que esta convicción de los europeos se viera realmente sacudida? ¿Existe una línea roja?

Preciso que sólo estoy especulando, pero se podrían imaginar tres desencadenantes: en primer lugar, una condicionalidad explícita del artículo 5 de la OTAN, o incluso el abandono de la alianza; en segundo lugar, la presión estadounidense para alcanzar un «deal» sobre Ucrania que implique el abandono total de Kiev; por último, un endurecimiento de los aranceles muy por encima del 15% (o el uso de su reversibilidad como palanca política), siguiendo el modelo de los aranceles impuestos a la India.

¿Cómo interpreta [la convergencia entre Trump, Putin y Netanyahu](#)? ¿En qué doctrinas o visiones del mundo comunes se basan?

Estas corrientes no están unificadas, pero tienen un aire familiar y comparten ciertos elementos ideológicos: la lucha contra la globalización liberal, acusada de beneficiar a una «nueva clase» transnacional y de debilitar la soberanía de los Estados, las culturas nacionales y los valores tradicionales.

Abogan por un refuerzo de la soberanía nacional, por agrupaciones entre áreas civilizacionales que deben coexistir, pero sin mezclarse, y por el surgimiento de un mundo multipolar «posestadounidense».

¿Por qué señalan —aunque con modalidades muy [diferentes](#)— a la Unión y a la mayoría de los países europeos como sus adversarios?

La Unión Europea representa la encarnación del enemigo para [los tres grandes componentes del movimiento MAGA](#).

Los populistas radicales al estilo de Bannon ven en ella la encarnación de la odiada tecnocracia globalista; los nacionalistas conservadores (NatCons) del tipo del Claremont Institute denuncian una Europa descristianizada y posmoderna, necesariamente [decadente](#), y los oligarcas de Silicon Valley, del tipo de [Peter Thiel](#), temen el poder regulador de la Unión sobre un mercado de 400 millones de europeos y, por lo tanto, una amenaza para la acumulación ininterrumpida de su fortuna personal.

Se habla mucho de despertar estratégico, geopolítico... Pero el problema del despertar es que no basta con despertarse, hay que permanecer despierto. ¿Por qué cree que la mayoría de los líderes europeos hasta ahora parecen negarse a aceptar la realidad?

Esta aparente inercia se debe, en primer lugar, a los costes internos: la prosperidad europea de la posguerra se basó en la protección estadounidense, la explotación económica de las poblaciones inmigrantes en Europa y un modelo social basado en proyecciones demográficas totalmente irrealistas.

Estas tres condiciones están desapareciendo o ya han desaparecido: la protección estadounidense es dudosa, la tercera generación de descendientes de inmigrantes ya no quiere ser tratada como mano de obra explotable y los sistemas de protección social ya se enfrentan al muro demográfico que hace imposible su financiación.

No me alegra decirlo, pero no veo cómo los europeos podrán garantizar su seguridad sin revisar sus prioridades en materia de calidad de vida y relación con el trabajo. Y la seguridad es la condición para la prosperidad...

Pero en el contexto actual, mantener este tipo de discurso es, evidentemente, un suicidio político. Es más rentable importar las guerras culturales estadounidenses a Europa, como hacen la mayoría de los partidos de derecha, o pretender restablecer un modelo económico-social cuyas condiciones de posibilidad han desaparecido, como hacen la mayoría de los partidos de izquierda.

No me alegra decirlo, pero no veo cómo los europeos podrán garantizar su seguridad sin tener que replantearse sus prioridades en materia de calidad de vida y relación con el trabajo. Y la seguridad es la condición indispensable para la prosperidad...

Uno de los argumentos que se esgrime a menudo para no plantear una movilización popular es el siguiente: Europa no sería capaz de hacer frente por sí sola a Rusia y a un posible abandono de Estados Unidos. ¿Es realmente así?

A corto plazo, la afirmación de que Europa no podría hacer frente por sí sola a Rusia pone de manifiesto vulnerabilidades muy reales: el instrumento militar europeo sigue dependiendo de los «enablers» estadounidenses —inteligencia, vigilancia y reconocimiento, reabastecimiento en vuelo, transporte aéreo estratégico, guerra electrónica, defensa antimisiles) y sigue estando infradotada en materia de defensa aérea integrada y fuego de profundidad.

¿Cómo habría que prepararse?

Un estudio reciente del IISS [5](#) estima que la sustitución de las capacidades militares convencionales clave de Estados Unidos en Europa por una fuerza exclusivamente europea costaría alrededor de 1 billón de dólares —una décima parte de lo que los europeos prometieron formalmente ayer a Donald Trump, según reveló el *Financial Times*—. Esta cantidad incluye los costes de adquisición puntuales y un ciclo de vida de 25 años.

¿Cuáles son las prioridades por ámbito? ¿En qué ámbitos estamos preparados y en cuáles no lo estamos en absoluto?

Si distinguimos por ámbitos, Europa no está preparada en defensa aérea del territorio, en ISR persistente [6](#), en reabastecimiento en vuelo y en existencias de munición compleja.

Está mejor posicionada en fuerzas terrestres pesadas en algunos aliados del Este, como Polonia, y puede «prepararse» con bastante rapidez en artillería y defensa antiaérea de teatro, siempre que las inversiones actuales se mantengan.

Mientras tanto, se pueden adoptar medidas políticas que cambien la dinámica sin «reinventar» todo el aparato: despliegues limitados, pero visibles, de instructores, equipos de defensa antiaérea y desminadores en Ucrania o en sus alrededores, con un mandato claro y una protección sólida, liberarían a las fuerzas ucranianas de misiones estáticas y reforzarían la protección de las ciudades. Esto no exime de un rearme estructural, pero podría crear el efecto umbral que hoy falta.

Tomemos distancia. ¿Puede la OTAN sobrevivir a Trump? Usted ya ha sugerido que el plan de Donald Trump y la Casa Blanca sería imponer una lógica de una nueva configuración muy asimétrica, que no estaría exenta de reminiscencias de una especie de nuevo Pacto de Varsovia. ¿Podría desarrollar este argumento mostrando cómo la secuencia reciente va en esta dirección?

En sentido estricto, la OTAN puede «sobrevivir» a Trump, si por ello entendemos la persistencia de una secretaría, de planes y de comités. Lo que está en juego, en cambio, es la naturaleza del vínculo de alianza.

La secuencia reciente indica una tendencia a instaurar una arquitectura jerárquica en la que la garantía estadounidense se convierte en condicional, negociada caso por caso e indexada a indicadores de lealtad: gasto, alineamiento comercial, docilidad política.

J.D. Vance no dijo otra cosa [en Múnich en febrero de 2025](#): el apoyo estadounidense se medirá en función de la convergencia ideológica.

450 millones de habitantes (518 millones si se añade el Reino Unido), repartidos en 27 países, tienen menos poder colectivo que 350 millones de habitantes de un solo país.

Y a lo que usted definió [en nuestras páginas](#) como una «extorsión de protección»...

Sí, me refería al espectro de una «extorsión de protección» en el que los europeos se comprometerían a comprar armas a Estados Unidos a cambio de garantías de seguridad.

Hay que reconocer que el temor a un abandono militar estadounidense ha llevado a muchos países europeos a instar a Ursula von der Leyen a no adoptar una posición demasiado firme frente a los aranceles impuestos por Washington.

También parece que, en su reunión de ayer con Donald Trump, Volodímir Zelenski propuso adquirir armas estadounidenses por valor de 100.000 millones de dólares, financiadas por los europeos, a fin de obtener garantías de seguridad por parte de Washington.

Si no es una extorsión de protección, se le parece mucho...

¿Por qué cedemos a este chantaje? ¿Qué revela de nuestras debilidades?

Me parece que pone de manifiesto la brecha tecnológica, comercial y militar entre Estados Unidos y la Unión Europea, debido a la fragmentación política de esta última.

450 millones de habitantes (518 millones si se añade el Reino Unido), repartidos en 27 países, son colectivamente menos poderosos que 350 millones de habitantes en un solo país.

Al mismo tiempo, Washington está rediseñando los incentivos mediante herramientas económicas. Estos mecanismos están cambiando la relación, convirtiendo el acceso al mercado y la amenaza de una escalada arancelaria en palancas disciplinarias sobre los aliados. El conjunto forma una configuración asimétrica que, sin ser un «Pacto de Varsovia» ideológico, recuerda su verticalidad estratégica.

¿Qué será entonces de la OTAN?

Esa es la pregunta. Puede perdurar como plataforma de estandarización e interoperabilidad si los europeos subsanan sus carencias en materia de capacidades y dan credibilidad a la trayectoria de gasto acordada en la [Cumbre de La Haya](#).

Pero el riesgo es que la Alianza sobreviva nominalmente, pero funcione cada vez más como una red de protectorados bilaterales, en la que el conjunto de la OTAN sirva principalmente de interfaz técnica para una jerarquía política externalizada en Washington. En otras palabras, la cuestión no es la supervivencia orgánica, sino la preservación de la reciprocidad: depende menos de Trump que de la capacidad europea para hacer que la tentación de la subordinación resulte costosa, política y estratégicamente.

La Alianza Atlántica podría sobrevivir nominalmente funcionando cada vez más como una red de protectorados bilaterales, en la que el conjunto de la OTAN serviría principalmente como interfaz técnica de una jerarquía política externalizada en Washington.

¿Se trata de un cambio cualitativo o de una inflexión? Ya parecía existir cierta asimetría en la estructura de la Alianza Atlántica...

Hay que recordar siempre que, hasta ahora, el funcionamiento de la OTAN era único entre las alianzas asimétricas: es cierto que Estados Unidos era evidentemente un «*primus inter pares*», pero no se comportaba como una potencia hegemónica coercitiva [7](#).

El cambio ideológico que se está produciendo en Washington debería incitar a los europeos a una gran vigilancia.

Hace unos meses, usted escribía [en estas páginas](#) que los países europeos debían prepararse para «un deterioro simultáneo y sin precedentes de su prosperidad y su seguridad, vinculado a una posible derrota militar de Ucrania, una retirada estadounidense de Europa y una guerra comercial». Por desgracia, este escenario parece estar haciéndose realidad. ¿Cómo ve el futuro?

Si se prolonga la trayectoria actual, la hipótesis central es la instauración de un régimen de vulnerabilidad crónica: una guerra de desgaste en el este con riesgos de reveses operativos, una garantía estadounidense más incierta y condicional, un choque comercial duradero que erosiona los márgenes y las inversiones europeas.

Se trata de un entorno estratégico en el que la prosperidad y la seguridad se deterioran al unísono si no se hace nada para invertir esta dinámica.

Para evitar lo peor, ¿no habría que empezar por decir la verdad?

Evitar lo peor supone actuar en varios frentes a la vez.

En primer lugar, hay que proteger el frente ucraniano con aportaciones inmediatas y pertinentes —defensa aérea multicapa, ISR, munición guiada—, al tiempo que se garantiza el control europeo del ritmo industrial. La Unión ha iniciado un aumento hasta alcanzar aproximadamente 2 millones de obuses al año de aquí a finales de 2025, pero es necesario estabilizarlo a lo largo de varios ciclos presupuestarios y ampliarlo a explosivos, propulsores y componentes de misiles.

Pero, efectivamente, es imperativo reforzar la resiliencia interna. Para ello, es necesario decir la verdad sobre la necesidad de un nuevo pacto social y sobre la realidad de las amenazas —al tiempo que se protegen las infraestructuras críticas y se establece una red de seguridad para los sectores expuestos a los aranceles—.

Por último, es necesario reforzar el marco político y normativo de la información: aplicar sin vacilaciones el DSA a las plataformas muy grandes —obligaciones de gestión de riesgos, acceso de los investigadores, trazabilidad de la publicidad— y asumir que los organismos estatales hostiles están sujetos al régimen de medidas restrictivas, ya que la jurisprudencia ha confirmado, en el caso de RT France, que una prohibición selectiva en un contexto de guerra no viola la libertad de expresión.

Es imprescindible reforzar la resiliencia interior. Para ello, es necesario hablar con sinceridad sobre la necesidad de un nuevo pacto social y sobre la realidad de las amenazas.

¿No teme que nuestras democracias pierdan su alma con la costumbre de las libertades?

Ser más firmes con los medios de comunicación que difunden narrativas prorrusas no significa «censurar», sino simplemente negarse a participar en maniobras de desinformación y denunciarlas como tales.

En concreto, no hay ninguna razón para no *«name and shame»* («señalar y avergonzar») a los medios de comunicación que dan cabida complacientemente a propagandistas rusos.

Se podría imaginar, por ejemplo, que los miembros del Gobierno se negaran a acudir a las cadenas que acogen a Xenia Fedorova, la antigua directora de RT France ⁸. Si se considera, con razón, que Russia Today era una cadena de propaganda al servicio de un Estado hostil a Francia, no hay ninguna razón para que las autoridades legitimen con su presencia a los medios de comunicación privados que proporcionan una plataforma a la principal responsable de esa propaganda.

En estos momentos me acompaña un pasaje de *El hombre contra los tiranos*, de Aron. Publicado en 1946, este libro es una recopilación de sus crónicas aparecidas en *France libre*, en las que ofrece una reflexión político-filosófica sobre el auge del nazismo ⁹.

Escribe lo siguiente: «Las democracias estarán autorizadas, es más, tendrán el deber de impedir que los demagogos utilicen la libertad de expresión con el único fin de destruirla. (...) No hay que tolerar a quienes profesan la intolerancia. Por mucho que podamos y debamos respetar la diversidad de creencias y grupos particulares, debemos defendernos contra la progresiva inserción de las tiranías en las democracias. (...) Porque las democracias sólo pueden vivir y conservar su independencia gracias a la voluntad colectiva de los ciudadanos».

No se trata de encarcelar a todos aquellos cuyos sentimientos les llevan más hacia Moscú que hacia París, sino simplemente de que las autoridades admitan, expliquen y anuncien que se niegan a legitimar discursos que van en contra de los intereses del país. Parafraseando a Pierre Vidal-Naquet y su actitud frente a los negacionistas, no se debate con los propagandistas —se lucha contra ellos—

Comparto la opinión del historiador Timothy Clark. Nos enfrentamos a una alternativa decisiva: o preservamos una democracia pluralista y constitucional, o caemos en formas de autoritarismo. Estas pueden tener diferentes grados: desde la «democracia iliberal» hasta la violencia abierta y arbitraria —«en esta cuestión existencial, la neutralidad no es una opción»— ¹⁰.

NOTAS AL PIE

1. Olivier Schmitt, *Maîtrise des armements conventionnels et sécurité européenne: la montée des périls*. *Les Champs de Mars*, 30 + Supplément(1), 99-107, 2018.
2. Olivier Schmitt, How to challenge an international order : Russian diplomatic practices in multilateral security organisations. *European Journal of International Relations*, 26(3), 2019 922-946. <https://doi.org/10.1177/1354066119886024> (Original work published 2020).
3. Tami Davis Biddle, [Coercion Theory: A Basic Introduction for Practitioners](#), *Texas National Security Review*, Vol 3, Iss 2 Spring 2020, 94–109.
4. Vincent Charles Keating, Olivier Schmitt, Ideology and influence in the debate over Russian election interference. *Int Polit* 58, 2021, 757–771. <https://doi.org/10.1057/s41311-020-00270-4>.
5. Ben Barry, Douglas Barrie, Henry Boyd, Nick Childs, Michael Gjerstad, James Hackett, Fenella McGerty, Ben Schreer, Tom Waldwyn, [Defending Europe Without the United States: Costs and Consequences](#), *IISS*, mayo de 2025.
6. El término ISR persistente se refiere a la capacidad militar de inteligencia, vigilancia y reconocimiento (*Intelligence, Surveillance*

- and Reconnaissance*) que se lleva a cabo de forma continua, duradera y casi en tiempo real en una zona determinada.
7. Lucie Béraud-Sudreau, Olivier Schmitt, “Alliance Politics and National Arms Industries: Creating Incentives for Small States?” *European Security* 33 (4), 2024, 711–31. doi:10.1080/09662839.2024.2304294.
 8. Isabelle Mandraud, [Xenia Fedorova, ancienne patronne de RT France et nouvelle égérie russe du groupe Bolloré](#), *Le Monde*, 24 de julio de 2025.
 9. Raymond Aron, *L'Homme contre les tyrans*, Paris, Gallimard, 1946.
 10. Christopher Clark, [The End of Modernity](#), *Foreign Policy*, 30 de junio de 2025.